

MARGARITA AGUILAR

BALAM ANTSETIK

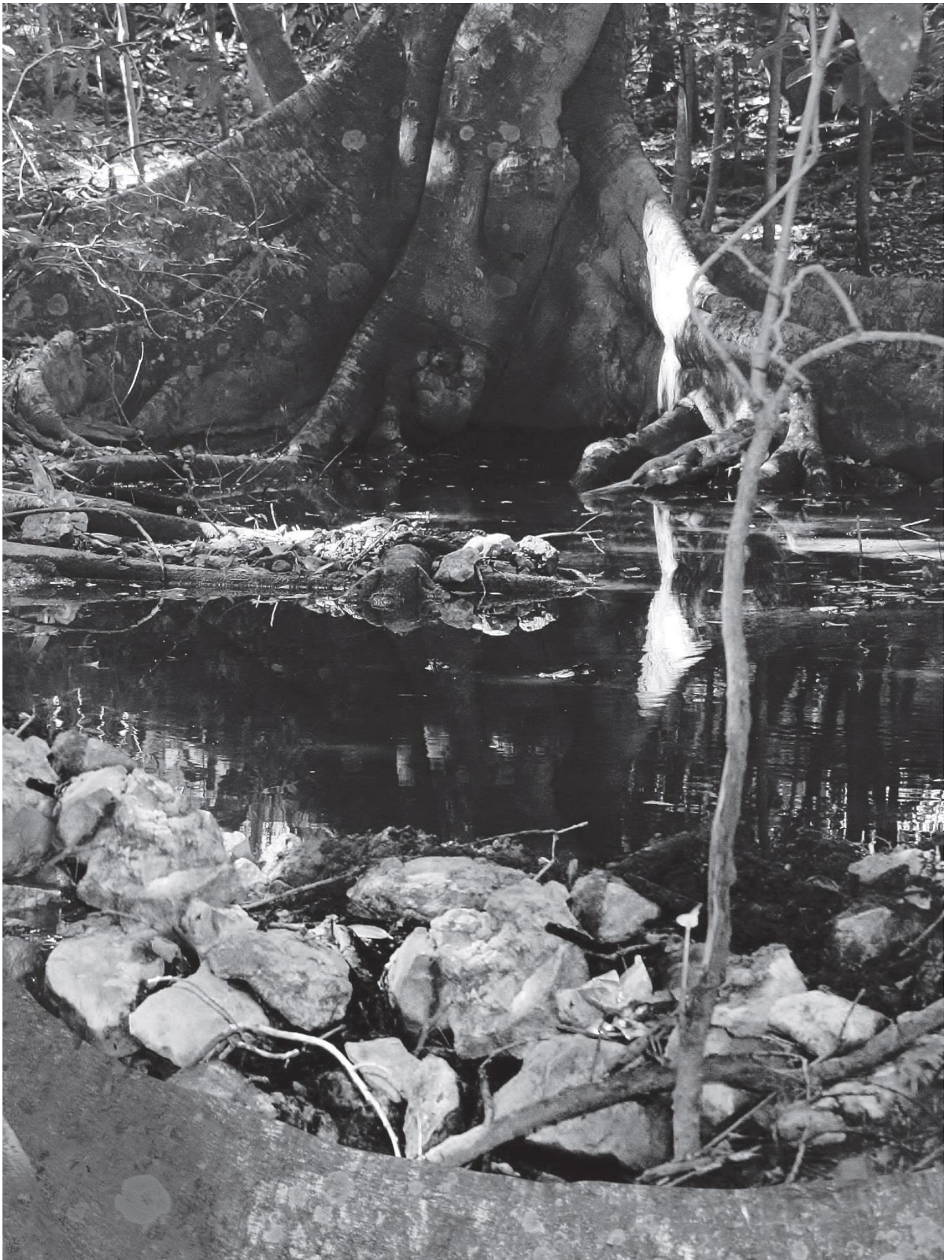
LA SEGUNDA ERA





Margarita Aguilar

Novelista, poeta y periodista originaria de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, conductora de televisión de programas que promueven temas de salud. Licenciada en medicina humana, maestra en Ciencias en Desarrollo Rural y Recursos Naturales; se ha desenvuelto por 20 años, como especialista en temas vinculados a la salud pública con enfoque en los determinantes sociales de la salud.



© Margarita Aguilar
© Grupo Rodrigo Porrúa, S.A. de.C. V
Lago Mayor No. 67, Col. Anáhuac,
C.P. 11450, Del. Miguel Hidalgo,
Ciudad de México.
(55) 6638 6857
5293 0170

dirección@rodrigoporrúa.com

1ª. Edición, 2018.

ISBN: 978-607-8466-72-6

Impreso en México – Printed in México-

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Características tipográficas y de edición:



Todos los derechos conforme a la ley.

Responsable de la edición: Rodrigo Porrúa del Villar.

Corrección orto tipográfica y de estilo: Graciela de la Luz Frisbie y Rodríguez /
Rodolfo Perea Monroy.

Diseño de portada: Gonzalo Gabriel Muñoz Morales.

Foto de Autora y portada: David A. Gómez.

Personaje de la Foto: Actor José Alfonso López Hernández.

Diseño editorial: Grupo Rodrigo Porrúa, S.A. de C.V.

MARGARITA AGUILAR

BALAM
ANTSETIK

LA SEGUNDA ERA



A Dora Luz . . . cuyo corazón sigue latiendo en la selva.

“... con la cópula del descendiente de Kan Joy Chitam en el cuerpo del jaguar y la descendiente astral de Ix Kinnun, antes de que concluya el bienio de eclipses sangrientos, sólo así, se abolirá la maldición de Balam Antsetik”.

Hachakyum, dios de dioses
840 d.C.

Elio Henríquez, corresponsal. Periódico La Jornada

Jueves 28 de enero de 2010

Toniná, Chis., 27 de enero. Investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) descubrieron en la zona arqueológica de Toniná, municipio de Ocosingo, un sarcófago de más de mil años de antigüedad, en el que se hallaron una olla y un cráneo fracturado en varias partes y con huellas de deformación, así como huesos largos colocados en forma de cruz.

El arqueólogo Juan Yadeun Angulo, responsable de la investigación y conservación de Toniná (“casa de piedra” en tzeltal), afirmó que, por sus características, el sepulcro de piedra es comparable con el de la Reina Roja, de Palenque, descubierto en 1994.

Dijo que el hallazgo, ocurrido el pasado 20 de diciembre y mostrado hoy a la prensa – información que fue adelantada por La Jornada en su edición del martes –, “podría contribuir a explicar la caída de la antigua cultura maya, dada la correspondencia con ese período (años 840-900 d.C.). es una tumba muy importante, porque corresponde a una etapa clave en la historia de las transformaciones del mundo maya y se identifica como tolteca”, expresó.

Durante un recorrido por la zona del hallazgo, comentó que las osamentas encontradas en el ataúd prehispánico, que mide 2 metros de largo por 70 centímetros de ancho, podrían corresponder a alguien de origen maya, a un personaje de alta jerarquía, probablemente a una mujer o a un menor, ya que los lóbulos oculares son reducidos.



Enero de 2014

Realmente esperaba lo peor; había escuchado mitos sobre la personalidad de Juan Yadeun sobre lo difícil que era lidiar con él. Por ello le pedí a Arturo Castellanos, ex secretario académico de la Universidad Tecnológica de la Selva, que me sirviera de puente con ese personaje. Arturo era muy respetado y querido por Juan Yadeun en la zona de Ocosingo. A mi estimado Arturo lo habían conocido gracias a mi entrañable Karla, que era una médica de la Secretaría de Salud y, además, integrante de la asociación civil “Casa de la Mujer Ixim Antsetik”, en la zona.

- ¿Cómo te atreves a escribir sobre la diosa luna? ¿Acaso quieres caer en sus garras? No sabes lo despiadada que es – me increpó Juan Yadeun, mientras cerraba el libro borrador que le había entregado. Sentí que mis peores presentimientos se cumplían.

Arturo carraspeó y, con una leve sonrisa, exclamó con su diplomático acento:

- A mí me parece que es un reconocimiento, una ofrenda a la diosa luna.

Si alguien conocía el temperamento y las pasiones de Juan Yadeun en Ocosingo era precisamente Arturo. Por eso, cuando Alejandra le confió sus temores sobre cómo abordarlo, él se ofreció sin titubear.

La mesera del restaurante Toks le trajo a Yadeun su sopa azteca y, al respirar su aroma, su semblante se relajó un poco. Me habló de las enseñanzas de don Juan. Por momentos, sus palabras se atropellaban con sus ideas. Todo un personaje arropado de misterios, creencias y una inteligencia que confabulaba con fuerzas superiores a él, como él mismo confesaba. Seguramente los exploradores del Nilo, descubridores de las tumbas egipcias, padecían una especie de síndrome similar; ¿cómo no ser afectado en la personalidad ante la adrenalina y el contacto con esencias del pasado?

- Yo tengo una sentencia de muerte que me persigue cuando evoco a la diosa luna, espero que este escrito no sea el origen de grandes desgracias para ti, Alejandra – me dijo con voz entrecortada, provocándome un fuerte estremecimiento.

- Juan Yadeun, yo creo que usted exagera un poquito, además, es solo una novela – dije instintivamente, aunque no pude evitar sentir cierto temor, creí en el poder de los presagios y las maldiciones.

- Bueno, finalmente es eso, un libro de ficción – apuntó Arturo, quien desde el inicio de esta aventura literaria había sido un extraordinario intermediario con el arqueólogo.

- No, no es sólo una novela, estas llamando a las pasiones sagradas de otros mundos. Quien sabe que te vaya a pasar. Mira, cuando ocurrió el descubrimiento del sarcófago el 20 de diciembre, unos días antes había llegado el famoso cantante Alejandro Filio a dar un concierto a Toniná; decenas de mujeres, exaltadas por la virilidad del cantante y la propia excitación hormonal colectiva incitada por la luna, caminaron por la misma senda y pusieron al descubierto una entrada oculta que me sirvió para ubicar el descubrimiento. Al día siguiente del concierto, me puse a trabajar en la excavación y, justo cuando ya íbamos a extraer el sarcófago, se me rompió una hernia.

Parecía disfrutar del suspenso y asombro que me generaba, sus ojos brillaban con cierta malicia al intentar hacerme desistir de mi proyecto literario.

- Pero, ¿te parece que no trasgredo los cánones de la cultura maya? ¿Los nombres son correctos según la época? ¿Estás de acuerdo?

- Sí, está todo bien plasmado – exclamó entre dientes sin ocultar la diversión que le causaba verme atemorizada ante sus historias tipo Indiana Jones.

- Gracias, Juan Yadeun.

- ¿Podría buscarte en Ocosingo en mi próximo viaje?

- No creo que haya ningún problema, siempre será un gusto recibirte por allá y hasta podríamos organizar una velada en mi librería, ¿verdad, Juan Yadeun? – dijo Arturo clavándole la mirada, como reprobando su humor negro para asustarme con los temas de las lunas y sus descubrimientos.

-Estoy buscando recursos para una nueva investigación, saldré unos meses del país, pero estaremos en contacto por correo.

- De acuerdo.

- ¿Me puedo tomar una foto contigo?

-No, no me gustan las fotos. Pero bueno, ¿me aceptas un obsequio en correspondencia a que me estás volviendo un personaje de novela?

Juan Yadeun sacó una piedra de ámbar en forma de jaguar hembra y lo colocó en el cuello de Alejandra.

- ¡Guau! Es hermoso. ¿Dónde consiguen estas bellas artesanías? No había visto un diseño así.

- Simplemente no se consiguen, querida; te queda de maravilla, considéralo un amuleto digno de una mujer con espíritu temerario. ¿Sabes?, me agrada tu necesidad. Tiene alma de arqueóloga.

II

840 d.C.

Las estrellas se apoderaron del firmamento anunciando una larga noche bajo su poderoso influjo. Los murmullos selváticos y los densos aromas nocturnos penetraron entre los árboles y las piedras.

La diosa luna, Ixchel, no podía resistir la tentación de deleitar su alma entre los susurros de ese mundo candente de colores y ritos que abrían las compuertas a sensaciones mágicas. Ella se regocijaba por la vida de los humanos; sus divinos sentidos eran seducidos, al igual que los de los demás dioses mayas, con la majestuosidad de incitaciones simbólicas llenas de misterios, temores, culpas y sangre.

Toniná, la ciudad maya, está levemente iluminada por antorchas, manos diestras encienden el copal para luego trazar signos de humo al cielo y a la tierra para intentar establecer diálogos con las deidades. Los hombres sabios permanecen impávidos, sentados en posición de loto.

En el vientre de una de las construcciones, las manos temblorosas de Kan Joy Chitam se desplazan por la espalda húmeda de Ix Kinnun; ella lo mira con una intensidad desbordante, sus ojos negros delatan los confines del cielo. Él se aparta con la respiración atropellada, su pecho desnudo se agita ante la contención de un deseo que lo desborda hasta las lágrimas.

Sus manos, diestras para la siembra y la caza, encienden el copal; ha sido entrenado desde muy temprana edad en el arte de la guerra y la supervivencia. Mientras tanto, ella permanece recostada sobre las pieles, titilante, pues al

ritmo del fuego de las antorchas, su figura femenina se proyecta sobre los muros de piedra. Al ver su sombra, toda su vida pasa por su memoria, su infancia con los abuelos, esa curiosidad desmedida que la llevó a seducir primero al hombre que hoy se rinde ante su cuerpo.

Las sombras de Ix Kinnum parecen tener vida propia, pues brotan danzantes de sus contornos, se vuelven autónomas hasta poblar, poco a poco, todos los muros. Se rumoraba de ella que una especie de magia extraña la rodeaba desde niña; pero a él eso solo lo embrujaba aún más.

El aliento de ambos exhala el sabor del balché. El mismo Kan había cortado la corteza del árbol hacía cinco días. Pensando en este ritual del amor, preparó la bebida con agua del río y, mientras la hervía, oró al dios del balché, observó la fermentación de la bebida y la guardó para este gran momento.

Ix Kinnum observa como Kan coloca, alrededor de la estancia y con gran reverencia, ofrendas de maíz, joyas, frutos y figuras de dioses tallados. Se detiene un momento, suspira con profundidad y hace una reverencia profunda. Ella siempre deseó un hombre así, diferente del común de los mortales obsesionados por servir y honrar a los dioses por sobre sus propios deseos y sueños. Ella siempre anheló ser venerada como una diosa. Y ahora, la realidad supera sus fantasías.

Él extrae de entre unos lienzos, un hermoso collar de ámbar con forma de cabeza de jaguar hembra. Se aproxima a ella con la misma tímida candencia con que se ha acercado desde que la conoció y deseó. Se lo coloca con suavidad y, mientras besa sus labios, la piel de la joven, al contacto con el ámbar felino, se estremece y destila sutiles pero potentes feromonas.

Afuera, en el territorio omnipresente, la diosa Ixchel sufre un severo estremecimiento, su atención es devorada de repente por lo que está ocurriendo en Toniná; fija su mirada y sus anhelos en el rito sexual de esos mortales. La delicadeza de Kan Joy la conmueve, siente una ardorosa envidia de ese deseo, anhela sin control estar en el lugar de Ix Kinnum para ser poseída con esa reverencia. Un rugido la saca abruptamente de sus pensamientos. Es

Balam, el dios jaguar que reina en la espesura de la selva negra, dominando con sus garras la jungla, clavándolas ruidosamente sobre la hierba. Él la ha inquietado desde siempre.

Es el único que la huele y adivina su furor sexual. La percibe en celo y eso lo excita sobremanera. Hace muchas eras que la busca, desea copularla, impregnarla hasta saciar la enorme sed erótica que envuelve la fertilidad de sus entrañas.

Kan retira las escasas prendas de Ix, ella le besa las manos. Kan la acaricia, sigue conteniéndose; ella lo desea más cada instante. Nunca antes había experimentado esta impaciencia, se acaricia voluptuosamente el ámbar que pende de su cuello, lo pasa por sus senos y pezones, masturbándose con suavidad y energía.

Balam ruge resonando entre las rocas de la ciudad maya, se apresura, sus garras se clavan más profundamente mientras acelera el paso. Quizás hoy logre someter a Ixchel, la olfatea cercana y dispuesta a él.

Ixchel está fuera de sí. Ha descendido a la tierra violando los códigos de los dioses que le prohíben mostrar su debilidad y mucho menos promover la intimación erótica con el mundo mortal. Pero el sensual encuentro de Ix y Kan, por alguna razón, la ha cegado; está obsesionada.

Los sacerdotes mayas de Toniná están preocupados; de pronto, nubarrones y vientos encontrados asolan la noche. Los sacerdotes fruncen el ceño; saben leer el peligro que se avecina, ese del que hablan las misteriosas profecías que les han sido legadas en el mural de la muerte. En el pergamino del universo, los hombres sabios huelen presagios de sangre.

El anciano mayor susurra tembloroso: “Balam Antsetik”; los demás se postran horrorizados elevando súplicas al cielo. Violentamente un cúmulo de nubes cubre el horizonte. Los corazones aguerridos, capaces de sacrificios humanos, tiemblan hasta el llanto.

Kan escucha el bramido del viento, besa violentamente a su amada, la monta y la sujeta de las caderas, ella no espera... se hunde en él en un arrebatado de pasión, mientras sus gemidos se confunden con el agudo ulular del viento que cada vez se hace más intenso. Él pierde su rostro en el cabello azabache de ella, la danza del sexo es suave de momento, sale de ella para acariciar sus senos y adorarlos con sus labios, mientras ella lo llama de nuevo hacía sí. Por primera vez, Ix siente el placer del cuerpo, es un gozo que trasciende sus vivencias de 18 años. Rebelde, de noble linaje, ha sido la consentida de su padre, escribano reconocido que, sin miramientos, la ha enseñado desde muy temprana edad el arte de la escritura. Si algo ha conquistado a Kan son esos poemas en donde las estrellas y los aromas de las flores son habitantes comunes. Este placer supera sin duda al de la propia escritura, y eso es decirlo todo. Lo hace tan bien, que su padre ha firmado muchos de sus escritos poéticos de adoración a la diosa Ixchel, los cuales aparecen en muros importantes de Toniná.

Afuera, los árboles son azotados con furia, ruge el viento tanto como lo hace el jaguar.

Ixchel llega al recinto empedrado de Toniná donde están los amantes. La diosa de la fertilidad esta sedienta, urgida sexualmente. Ansía con todo el poder que le ha sido conferido, avanza por pasadizos guiada por el conjuro de los gemidos que exhalan los mortales. Por fin llega a la estancia, ella está hincada boca abajo, él, también hincado, le cubre la espalda con balché, la lame, la sujeta por los senos y la penetra lentamente, mientras ella se contorsiona, deseosa, apresurando la embestida. Ante la estampa, Ixchel se derrumba embelesada sobre un muro, ya ha tomado la decisión de perder su investidura de diosa; inhala con fuerza y sorbe el alma de Ix, traza signos en el aire y se apropia del cuerpo de ella aprovechando su debilidad durante un orgasmo.

Ixchel está embelesada, ya los poemas de Ix la habían seducido con su magia adoradora; sin embargo, al ver sus cuerpos y rostros, comprende que ninguna sensación de poder es tan grande como esto; escucha extasiada como Kan